

La celebración del bicentenario, entre el pasado y el futuro

Inés Dussel
Myriam Southwell

Ya llega el 2010, y con él se inicia un año que estará pleno de celebraciones. Como en la vida de las personas, los “números redondos” (más aún si se trata de centurias) parecen obligar a hacer balances y tomar grandes resoluciones sobre el futuro.

Hay algunas precisiones que conviene realizar sobre este aniversario. En primer lugar, hay que recordar que “el cumpleaños de la patria” no deja de ser una metáfora: la nación no es una persona sino una construcción social e histórica que realizamos los pueblos. Un historiador, Benedict Anderson, llamó a las naciones “comunidades imaginadas”, esto es, colectivos que se definen por su capacidad de imaginarse aglutinados y unidos en su suerte o en su trayectoria –al punto que algunos incluso ofrendan sus vidas para defenderlos-. Pero vale la pena manifestar cierta extrañeza ante aquello que consideramos natural y evidente. Por ejemplo, ¿qué hace que un poblador de La Quiaca se sienta más unido a una persona que vive en Ushuaia, a más de 4.268 kilómetros, que a otra que habita en Villazón, Bolivia, de quien lo distancia un recorrido que puede hacerse a pie y a quien lo une el compartir las inclemencias del tiempo y de la altura? Anderson cree que lo que une a los miembros de una nación es ese imaginario que nos hace sentir hermanados en la distancia, que nos hace percibirnos como parte de una misma historia y compartiendo un mismo proyecto de futuro. Claro que también nos une estar regidos por las mismas leyes y ser parte de una sociedad que se organiza dentro de un estado nacional; pero hay un componente simbólico, de la fuerza de las ideas y las aspiraciones, que no se explica solamente por los efectos de un cierto orden legal. Lo que cumple años, entonces, no es un ser con vida propia, sino un proyecto histórico colectivo que ha ido configurándose a lo largo de estos años.

En segundo lugar, como lo señalan los estudiosos de la memoria colectiva, siempre se recuerda desde el presente. El recuerdo está teñido por el contexto en que se rememora un hecho o una persona, y si ese contexto es auspicioso y optimista, entonces el recuerdo será más

agradable y armonioso. De alguna manera, el recuerdo siempre es “reescrito” por el momento y el lugar en el que recordamos.

¿Por qué es importante señalar esto? A diferencia de 1910, el bicentenario no llega dentro de un marco triunfalista y expansivo de la identidad nacional. La conmemoración del primer centenario contó con obras fastuosas, monumentos y emblemas públicos. Vale recordar que Ricardo Rojas habló entonces de “la pedagogía de las estatuas” para subrayar la importancia de esta construcción material de los símbolos colectivos. La intención era desplegar, en eventos y en obras, un relato grandioso sobre la nación; y ese relato quería construir un orgullo nacional en una sociedad que crecía día a día por la llegada masiva de inmigrantes de muchos países del mundo. En otras palabras, se trataba de cohesionar y organizar una “comunidad imaginada” para personas que venían con otras experiencias y expectativas, con lenguas y pasados muy distintos. Probablemente por eso, el relato grandioso de 1910 estaba sobre todo proyectado hacia el futuro, y no tenía un tono nostálgico –al menos no en su corriente principal-. Como señala Álvaro Fernández Bravo en la entrevista que incluimos en este dossier, los intelectuales de la época fueron muy críticos con el balance del primer siglo transcurrido desde 1810, no solo por las guerras civiles que consumieron buena parte de las energías cívicas sino también porque no acordaban con las estrategias elegidas para el desarrollo nacional que había impuesto la generación del 80. No era el pasado lo que tenía que motorizar a la nación, sino una cierta apuesta al futuro, que todos auguraban que sería mejor.

Lo grandioso de ese relato y la fastuosidad de los monumentos de 1910 no debe hacernos olvidar que muchos elementos necesarios para la vida pública y democrática no se habían alcanzado aún: entre ellos, la ley de voto obligatorio, universal y secreto (masculino en una primera etapa) no se alcanzó hasta 1912, la educación escolar alcanzaba al 20% de la población, y existía una Ley de Residencia que amenazaba a aquellos que demandaban mejores condiciones de trabajo, de vida y de justicia social. El relato grandioso exacerbaba ciertas condiciones de crecimiento y modernización económicos

pero dejaba invisibles o reprimía muchos otros aspectos que eran dolorosos o problemáticos.

En el caso del sistema educativo, además, el período de 1910 estuvo teñido por un relato nacional con un chauvinismo excluyente y un militarismo sin precedentes. Andrés Ferreyra, inspector de escuela que escribió el libro de lectura *El nene*, uno de los más difundidos en la historia argentina, publicó en 1910 dos nuevos libros que se llamaron *Mi Hogar y Mi Patria*, en los que las figuras eran el hermano soldado y la Patria solemne. Ese mismo corrimiento de una pedagogía positivista naturalista a una visión “patrioter” y militarizada se ve en el calendario de fiestas escolares. Las celebraciones patrias pasaron a ser, casi exclusivamente, las de los héroes, que fueron recordados como militares y no como civiles que dedica-

ron sus vidas a mejorar la vida de sus conciudadanos. Otras celebraciones cívicas, como la Fiesta del Árbol y del Animal, que habían sido ideadas en la época de Sarmiento para resaltar el vínculo con la naturaleza, fueron dejadas definitivamente de lado. También se fueron acotando los festejos de los patronos escolares y las fiestas locales que daban otros contenidos a la conmemoración popular. Solo podía celebrarse lo que se dictaminaba desde el Consejo Nacional de Educación, cada vez más central y centralizador. En otros aspectos, el centenario promovió exposiciones escolares que buscaron que las escuelas se sintieran partícipes y protagonistas de la construcción de un sistema educativo. Algo de eso, señala Domingo de Cara en su artículo, buscará hacerse este año.

¿Cómo recordaremos en el 2010? La historia del siglo



Creemos que es saludable tener expectativas menos grandilocuentes y poder formularnos propuestas de alcance más realista como nación.

XX, signada por esfuerzos políticos para la inclusión de las mayorías como lo fueron los movimientos yrigoyenista y peronista, y también por los golpes militares, hizo que fueran quedando en evidencia los costados problemáticos de ese relato grandioso. Después de la última dictadura militar, es difícil escuchar relatos militaristas sobre la nación sin que se despierten cuestionamientos democráticos. El aporte de Federico Lorenz muestra muy bien los “agujeros” que quedan en el imaginario nacional después de 1976 y de la guerra de Malvinas. Podemos decir que también hemos avanzado, aunque no todo lo que sería deseable, en visiones que no necesitan afirmar ninguna supremacía sobre nuestros hermanos latino-

americanos. La construcción de una identidad nacional fundada en ser “los europeos de América Latina” cayó, por suerte, en desuso y en desgracia. Las últimas crisis económicas y políticas hicieron que el orgullo nacional quedara alicaído, y que los relatos más inclusivos e integradores pierdan fuerza ante la exacerbación de los conflictos.

Creemos que es saludable tener expectativas menos grandilocuentes y poder formularnos propuestas de alcance más realista como nación. Probablemente este movimiento dé lugar a visiones más abiertas y más plurales de nuestra identidad, que reconozcan los aportes que han hecho los distintos sectores y que no quieran homogeneizar a todos en un solo devenir. Fabio Wasserman trae en su ensayo una revisión de la gesta revolucionaria de 1810 para poner de manifiesto que hubo muchos conflictos en aquel momento, que hubo quienes ganaron y quienes perdieron, no solo entre los realistas sino entre “los patriotas”. Es muy bueno plantear como punto de partida que la nación se conforma de intereses heterogéneos y hasta contradictorios, y que la gran cuestión es cómo se organiza esa disputa de intereses y de políticas para que no suponga la exclusión del contrario.

Al mismo tiempo, creemos que también sería bueno usar la ocasión del bicentenario para tratar de recrear relatos que promuevan miradas más esperanzadas hacia el futuro. La celebración del bicentenario no debería mirar sólo hacia atrás; debe tender puentes hacia otras expectativas y otros horizontes que tenemos que gestar desde ahora. Viene faltando un nuevo relato que nos una en algún sueño compartido, que no sea sólo el de ser campeones del mundial de fútbol. ¿Quiénes somos los argentinos hoy? ¿Qué queremos? ¿Qué nos convoca a celebrar en común? ¿Qué deudas tenemos, y qué compromisos asumimos con quienes nos siguen? Algunas de estas preguntas deberían estar en la organización de los festejos, para que el nuevo centenario no pase como una fecha más, sino que promueva una reflexión sobre este proyecto colectivo que supimos y pudimos conseguir, y que también queremos sostener y ampliar. Por eso, celebramos entre el pasado y el futuro, habitando un “hoy” que queremos más esperanzado, más pródigo y más generoso para todos los argentinos.





Memorias del Bicentenario

El Programa *Educación y Memoria*, creado en el 2006 en ocasión del treinta aniversario del último golpe de Estado, trabaja en torno a una serie de ejes vinculados al pasado reciente: *Memorias de la dictadura*; *Malvinas: Sentidos en pugna*; *La enseñanza del Holocausto*. El año próximo ampliará sus temáticas y abordará los doscientos años de historia argentina bajo un eje al que tituló *Los derechos humanos en vísperas del Bicentenario*.

Dado que el país se prepara para reflexionar en torno al Bicentenario, proponemos indagar en cómo las generaciones precedentes pensaron, sintieron y actuaron eso que llamamos “nación Argentina”. ¿Qué ideas de nación existieron a lo largo de la historia? ¿Cómo pesaron en ellas la matriz fundante de la revolución y la violencia política? ¿Qué lugar tuvo la escuela en la construcción de las ideas de nación? ¿Qué entendemos hoy por la idea de nación, cómo enunciarla después de la experiencia del Terrorismo de Estado? ¿Qué sujetos sociales fueron incluidos en la nación? ¿Cuáles fueron excluidos? ¿Qué concepciones de democracia y ciudadanía existieron a lo largo de la historia? ¿Qué nueva agenda vinculada a los derechos humanos hay que establecer para construir hoy una nación justa, democrática, libre y soberana?

No es fácil responder estas preguntas porque, tal como decía Sarmiento, apenas queremos profundizar en el sentido de la idea de nación, esta se transforma en un “enigma”. Para recorrer las preguntas planteadas, el Programa elaboró una suerte de mapa en el que se destacan cinco momentos clave de la historia argentina, cinco “enigmas” que ayudan a abordar los doscientos años de historia. A saber: el enigma de la revolución (1819-1880); el enigma de las nuevas multitudes argentinas (1880-1930); el enigma de la democracia de masas (1930-1976); el enigma del Terrorismo de Estado (1976-1930); y, finalmente, el enigma de nuestros días.

A través de esos momentos clave, el Programa *Educación y Memoria* se propone trabajar en torno a algunos de los nudos problemáticos centrales de la historia argentina.

El año próximo el Programa, dependiente de la Subsecretaría de Equidad y Calidad, tendrá al Bicentenario como una de sus líneas de trabajo destacada y llevará adelante, tal como lo hace con los otros ejes, acciones de capacitación, producción de materiales y articulación con los contenidos curriculares.

educacionymemoria@me.gov.ar